



En la ciudad de la furia Belleza americana El teatro en 35 milímetros.

Reconforta el espíritu saber que el séptimo arte no está desgastado, y que todavía es posible contar historias. «Belleza americana» del director debutante Sam Méndez es un ejemplo que destaca en la distancia. Esta opera prima del director inglés de ascendencia Lusa posee en sí misma todos los elementos de la literatura llevada al cine en especial del teatro.

Pero veamos, el truco clásico de enfocar a la típica familia como ejemplo del sueño americano, es recurrente y a veces vulgar. Pero cuando se tiene en frente, a través de la pantalla la intimidad del hogar se puede percibir un tuffilo que desacredita la posible narración. Esto mismo ocurre en «Belleza Americana», pero la inmediata construcción de ambientes sórdidos y desalentadores, captura ineludiblemente la atención.

Antes de apuntar la mirada hacia este film confieso que tenía en mente ese gutural desafío de tragarme otro «típico» enlatado, pero con el antecedente de saber que había sido bien hecho, considerando además que el posible tono podría ser una narración nostálgica tipo «Años Maravillosos», serie emblemática de la televisión Americana. Enorme sorpresa resultaron ser las dos horas que dura el film, durante las cuales las pupilas terminan encandiladas.

La primera reacción surge en la magistral escena aérea que nos plantea el creador del film, un primer plano absoluto, las casas el barrio, la pequeña villa mágica, los jardines prestos y la arboleda seca. Una postal en pleno o quizás un cuento de hadas. La historia comienza al final del cuento, ese clásico cuento con final feliz, y es cuando se empalma con natural apatía a la mas ridículas situaciones, demostrando lo complicada que es la «Belleza Americana», con ese encanto que huele a vacío, a nada.

La posterior secuencia de imágenes es más bien lenta a lo largo de todo el film con gustos deliciosos, como la secuencia en video donde se ve volar una bolsa plástica. La narración no es nada ágil, tornándose densa a instantes, que sólo son pasables gracias a la narración en off del actor Kevin Spacey.

Me permito regresar un instante a la voz de un amigo que mencionaba que para nada le había sorprendido la historia en lo profundo. Y que finalmente era una muestra clara de la literatura Norteamericana llevada al celuloide, con los típicos ambientes sórdidos y ridículas situaciones que rayan en lo estúpido. Coincido con él, pero refrendo los orígenes, dado que el toque altruista o la fuente tal vez sea totalmente Shakespareana. La sorpresa resulta grata al enterarse que el director Sam Méndez es en realidad un director de teatro y que el guionista bebe de las fuentes del teatro clásico. Las variadas escenas, especialmente aquellas que tienen a los pétalos de rosas como protagonistas principales juegan con la fantasía; clara muestra es la secuencia de la tina inundada de estos pétalos, rodeando la figura de Menna Suvary. Todo parece extraído de algún pasaje salido de la mente de William Shakespeare.

Una de las tesis mas sorprendentes y más logradas es la falta de comunicación en los personajes, éstos hablan entre sí pero no logran comunicarse, menos escucharse o entenderse. Este es el rasgo distintivo de los personajes Shakespareanos en opinión del crítico Harold Bloom. El personaje principal, magistralmente interpretado por Spacey demuestra claramente sus obsesiones, quitarse toda responsabilidad de encima, jugar con el ego, alimentarlo. Es un intento claro de volver a la adolescencia, que es el deseo inconsciente de perpetuar la infancia. La idea parece ser que la felicidad es corta pero plena. Y al final lo único que queda es la memoria, que paradójicamente es el último de los laberintos porque es inexpugnable.

Al final surge el principio, pero es el principio del fin, esto es lo cómicamente negro. Tono exacto para describir este film, por lo cual lo único que queda decir es que «Belleza Americana» tiene todos los elementos para convertirse en un clásico, y tal vez sea lo único que tendría que argumentar.

Michael Velásquez



Fantasia en Amér

Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, la fantasía es «una facultad que tiene el ánimo de reproducir por medio de imágenes». Es difícil concebir una definición más pobre y confusa que esa primera acepción. En su segunda acepción dice que esa una «ficción, cuento o novela, o pensamiento elevado o ingenioso», lo cual no hace sino infundir mayor desconcierto en el ya creado por la definición inicial.

De la palabra imaginación, el mismo diccionario dice que es «aprensión falsa de una cosa que no hay en la realidad o no tiene fundamento». Por su parte, don Juan Corominas, ese gran detective de las palabras castellanas -cuya lengua materna no era por cierto el castellano sino el catalán- estableció que fantasía e imaginación tiene el mismo origen, y que en última instancia puede decirse sin mucho esfuerzo que son la misma cosa.

Uno de mis mayores defectos intelectuales es que nunca he logrado entender lo que quieren decir los diccionarios, y menos que cualquier otro, el terrible esferpento represivo de la Academia de la Lengua. Por una vez que he tenido la curiosidad de volver a él, para establecer las diferencias entre fantasía e imaginación, me encuentro con la desgracia de que sus definiciones no sólo son muy poco comprensibles, sino que además están al revés, quiero decir que, según yo entiendo, la fantasía es la que no tiene nada que ver con la realidad del mundo en que vivimos: es una pura invención fantástica, un infundio, y por cierto de un gusto poco recomendable en las bellas artes, como muy bien lo entendió el que puso el nombre al chaleco de fantasía. Por muy fantástica que sea la concepción de que un hombre amanezca convertido en un gigantesco insecto, a nadie se le ocurriría decir que la fantasía sea la virtud creativa de Franz Kafka, y en cambio no cabe duda de que fue el recurso primordial de Walt Disney. Por el contrario, y al revés de lo que dice el diccionario, pienso que la imaginación es una facultad especial que tienen los artistas para crear una realidad nueva a partir de la realidad en que viven. Que, por lo demás, es la única creación artística que me parece válida. Hablemos, pues, de la imaginación en la creación artística en América Latina, y dejemos la fantasía para uso exclusivo de los malos gobernantes.

1. ES DIFÍCIL EL PROBLEMA DE QUE NOS CREAN

En América Latina y el Caribe los artistas han tenido que inventar muy poco, y tal vez su problema ha sido el contrario: hacer creíble su realidad. Siempre fue así desde nuestros orígenes históricos, hasta el punto de que no hay en nuestra literatura escritores menos creíbles y al mismo tiempo más apegados a la realidad que nuestros cronistas de Indias. También ellos - para decirlo con un lugar común irremplazable - se encontraron con que la realidad iba más lejos que la imaginación. El Diario de Cristóbal Colón es la pieza más antigua de esa literatura.

Empezando porque no se sabe a ciencia cierta si el texto existió en la realidad puesto que la versión que conocemos fue transcrita por el padre Las Casas de unos originales que dijo haber conocido. En todo caso, esa versión es apenas un reflejo infiel de los asombrosos recursos de imaginación a que tuvo que apelar Cristóbal Colón para que los Reyes Católicos le creyeran la grandeza de sus descubrimientos. Colón dice que las gentes que salieron a recibirlos el 12 de octubre de 1492 «estaban como sus madres los parieron» Otros cronistas coinciden con él en que los caribes, como era natural en un trópico todavía a salvo de la moral cristiana, andaban desnudos. Sin embargo, los ejemplares escogidos que llevó Colón al palacio real de Barcelona estaban ataviados con hojas de palmeras pintadas y plumas y collares de dientes y garras de animales raros. La explicación parece simple: el primer viaje de Colón, al revés de sus sueños, fue un desastre económico.

Apenas si encontró el oro prometido, perdió la mayor de sus naves, y no pudo llevarse de regreso ninguna prueba tangible del valor enorme de sus descubrimientos, ni nada que justificara los gastos de su aventura y la conveniencia de continuarla. Vestir a sus cautivos como lo hizo fue un truco convincente de publicidad. El simple testimonio oral no hubiera bastado, un siglo después de que Marco Polo había regresado de China con realidades tan novedosas

inequívocas como los que habían sido la pólvora y

Toda nuestra historia por la dificultad de haber siempre habido El príncipe Antonio Pigafetta, que viajó alrededor del mundo, Pigafetta que no tenían cola, otros, pero cuyas hembras ponían los huevos en medio del excremento de sus semejantes en la espalda y unos por la boca, pero carecía de nariz, tenía cabeza y orejas de cola y relincho de caballo cómo encontraron al príncipe desmayado cuando vio a sus semejantes enfrente.

2. LAS AVENTURAS

La leyenda del Dorado y decisiva de nuestra historia fue la de Gonzalo Jiménez de Quesada, que hoy es Colombia y las Amazonas. Pero lo más interesante de la historia de decir, navegando de las costas del continente en el sentido contrario en que lo hicieron cuando el tesoro de Cuauhtémoc, se lo siguieron siendo las ovas de las aves, que fueron rescatado de Atahualpa, y fue otra vez más lejos hacia el norte, alemana encargada de el ferrocarril transoceánico proyecto era viable, pero no se hicieron de hierro, que no se hicieran de oro, sino que se hicieran de plata, como los tadores sólo era compra y venta, y del delirio así se explica la desmesa Vaca, que necesitó ocho meses para ir y volver, a través de todo lo que he expedición cuyos miembros quedaron cinco de los 60 al parecer, no era la búsqueda de la fuente de la vida eterna, sino la fuente de la vida eterna.

Acostumbrado a un mundo donde se podía pegarles las cabezas cortadas podía dudar cuando le decía que allí había un fabricante de muebles de oro, oro macizo, y estaba en el conuco en los Andes! A la Santa María del Darién Pizarro no descubrió nada, pero puede medirse por la evidencia de que el español perros amañados en la expedición.

3. UNA REALIDAD

Un problema muy interesante que plantea a la literatura, es cuando hablamos de un mundo europeo es a imaginarse un mundo de 2.790 kilómetros. Es difícil imaginar la realidad del Amazonas. Frente a Belén del Pará, un ancho que el mar Báltico, tempestad, los europeos es difícil que estén con